

¡BOGA, BOGA, MARIÑELAK!



Amanecía...

Yo soñaba entre las brumas de nuestro Cantábrico, cuando empecé á notar, perezosamente, acentos que poco á poco iban entregándome á un nuevo día, quizá el último, (fué lo primero que se me ocurrió), de mi peregrinación por la tierra.

El canto era varonil, á la par que delicado y sentidísimo, y en seguida abrí los ojos.

¡Qué despertar más grato!....

Mi oración matinal se redujo á pedir á Dios la difusión de los cantos euskaldunas, como rocío benéfico para nuestras almas.

¿Y quién cantaba de aquel modo?

No tardé en averiguarlo: era un albañil, honrado hijo del trabajo, hombre de familia que adora á su mujer y á sus pequeñuelos, y que mientras estos duermen y para proporcionarles el pan de cada día, comienza sus faenas saludando al Creador con esas notas llenas de ternura, que son una necesidad para su espíritu, sencillo y noble.

Esto, aparte de ser exquisitamente bello, encierra una verdadera riqueza, que todos debemos fomentar en contra de los estragos de la taberna y de la orgía.

Yo quisiera saber si entre los desgraciados anarquistas ha habido uno tan sólo que haya cantado con sentimiento, ó cuidado de un pájaro ó de una flor!

ANTONIO ARZÁC.

